

CÓMO RÉGULO REGRESÓ A CARTAGO PARA MORIR

HACÍA muchos años que los ciudadanos de la antigua Roma iban extendiendo sus dominios, hasta que en el año 270 antes de Jesucristo, gobernaban casi toda la Italia. Los romanos cruzaron entonces el estrecho e invadieron la isla de Sicilia, poniéndose allí en contacto con otra raza de valientes aventureros llamados cartagineses, que se dedicaban también a la conquista de nuevos territorios.

Comenzó inmediatamente después de haber llegado los romanos una lucha terrible por la posesión de la isla.

Al principio les sonreía la victoria a los romanos, tanto por tierra como por mar, y entusiasmados por el éxito decidieron llevar la guerra al África, mandando allí un gran ejército al mando de Atilio Régulo, que al desembarcar barrió cuanto encontró a su paso hasta llegar a la vista de Cartago. Ya debe suponerse que entonces levantáronse los prósperos cartagineses como un solo hombre para defender sus lares, y vencieron, por fin, a los romanos. Régulo su general y una multitud de oficiales y soldados fueron hechos prisioneros y conducidos a Cartago.

Empero la guerra continuó hasta que, al cabo de catorce años, eran tan grandes las pérdidas sufridas por ambas partes, que los cartagineses ansiaban ya poder firmar la paz. Hicieron comparecer con este objeto a Régulo, que como hemos dicho había caído prisionero, y le dijeron:

—Estamos ya cansados de la guerra y vamos a enviar una embajada a Roma para que procure arreglar los términos y las condiciones en las cuales se pueda firmar la paz y efectuar el cange de prisioneros con los senadores romanos. Iréis, pues, a Roma y ejerceréis vuestra influencia para que se firme el convenio; pero antes, dadnos vuestra palabra de honor, como romano, de que si fracasáis en la empresa, volveréis a constituiros prisionero.

Cuando la embajada llegó a las puertas de Roma, Régulo, de pie, y sin moverse, exclamó:

—Ya no soy ciudadano romano ni senador de esta gran ciudad; tampoco quiero entrar en ella ni sentarme en los escaños del noble Senado.

Al conocer semejante resolución, envió el Senado algunos de sus miembros para que conferenciaran con Régulo, en presencia de la embajada, sobre si tenían que ceder. Pero el intrépido general dijo valientemente:

—¿Qué nos importa rescatar a prisioneros que se han sometido vergonzosamente cuando empuñaban todavía las armas? Dejadles que perezcan; dejad que prosiga la guerra contra Cartago hasta que Cartago sea vencida.

El consejo de Régulo prevaleció; regresó a Cartago la fracasada emba-

jada y con ella, fiel a su palabra, el impávido patriota, a pesar de que sabía ya que no obtendría clemencia alguna de sus enemigos, cuyas esperanzas de paz y prosperidad había trastornado de modo tan inflexible.

Las márgenes del Tíber estaban llenas de conciudadanos suyos, mientras se embarcaba en la nave que debía conducirle al otro lado del mar. El momento más glorioso de su vida fué aquel en que, de pie en la cubierta con la frente erguida, se despedía para siempre de sus compañeros del Senado, a cuyo vacilante valor había infundido nuevos alientos.

Régulo, pues, regresó a Cartago y el consejo que diera a los senadores romanos fué nuevamente repetido a los crueles cartagineses, que no tuvieron bastante nobleza de ánimo para respetar la vida de un patriota valeroso, y sí la crueldad de someterlo a horribles torturas y condenarle a muerte.

«EL PADRE DE LOS POBRES»

ENTRE los grandes modelos de caridad y abnegación que nos presenta la Historia, merece ocupar un lugar preeminente Don Francisco Antonio Maciel, descendiente de unos emigrantes de Canarias, y uno de los primeros colonizadores de Montevideo, donde nació en 1757, llegando a ser uno de sus hijos más ilustres, a la vez que gran patriota y eminente filántropo. Personalmente llevaba limosnas a los necesitados y todos los sábados las repartía también a las puertas de su almacén.

Llegó un momento en que se sintió la imperiosa necesidad de un hospital; y como el cabildo no podía construirlo, Maciel cedió su propia casa para tan benéfico fin. Posteriormente, en vista de que el nuevo establecimiento no bastaba, edificó unas casitas de madera, donde pudieran ser recogidos y cuidados los demás enfermos; y no satisfecho aún regaló, para propiedad de la primera fundación, un solar suyo, destinado a jardín o lugar de recreo para los convalecientes. Creó la institución caritativa llamada *Hermandad de Caridad* y socorrió siempre a las familias de los que perecían en el mar, amparando y ayudando a la vez a un pobre pescador que se dedicaba a salvar náufragos en las costas de Montevideo.

El *Padre de los pobres*, como era llamado, nunca cesó de hacer el bien, practicando la caridad y hasta construyó a sus expensas una capilla que aun se conserva hoy día. El fundador de esa obra, que lleva el nombre de « Capilla de la Caridad », no pudo verla concluída, porque durante las invasiones de los ingleses, en 1806 y 1807, Maciel fué uno de los primeros en aprestarse a rechazar al invasor, muriendo gloriosamente en defensa de su patria.

AGUDA Y CORTÉS OBSERVACIÓN

UN día se celebraba en el teatro de Atenas una función a la que habían sido invitados los embajadores de Esparta; y cuando ya estaba lleno el teatro, se presentó un anciano venerable, que, al ver ocupados todos los asientos, buscaba inútilmente y algo corrido uno donde sentarse. Los jóvenes atenienses tuvieron el mal gusto de reirse del embarazo de aquel anciano; visto lo cual por los embajadores de Esparta, que ocupaban un puesto de honor, se apresuraron a ofrecerle entre ellos un sitio preferente.

El pueblo, que vió aquella acción, aplaudió calurosamente a los embajadores, a los cuales dijo el anciano: « Los atenienses saben aplaudir las virtudes, mientras que los espartanos saben practicarlas ».

LA ABNEGACIÓN DE LEONOR DE CASTILLA

BELLOS y laudables son cuantos actos de abnegación y sacrificio llevemos a cabo en provecho de nuestros semejantes, pues no otra cosa nos dicta el sentido moral, que nos debe servir de guía en nuestra conducta; pero, si estos caritativos actos traspasan los límites de lo usual y llegan a frisar con lo heroico, no hay entonces palabras bastante laudatorias para celebrarlos y para encomiar su extraordinaria virtud y mérito.

Hay en el hombre una instintiva repugnancia al dolor y al sacrificio; y es tan vehemente ese sentimiento, que ante él se estrellan con frecuencia los mejores propósitos y las más animosas voluntades, siendo necesario para doblegarlo un esfuerzo supremo y casi sobrenatural. La miseria, con sus sórdidos horrores, con sus fétidos harapos, que mal cubren carnes exangües y macilentas; la enfermedad, con toda su inmensa y múltiple cohorte de lacerias; lo feo, lo horrible de este mundo, causan tal repulsión en nuestro espíritu, que éste, instintivamente, se aparta de tan siniestro cuadro en busca de agradables panoramas de luz, de dicha y de reposo. Tal es la condición humana en su insaciable sed de lo bello: esquivar la fealdad en todas sus manifestaciones, huir de lo ingrato y doloroso y buscar únicamente lo ameno, lo saludable, lo fuerte, lo que es hermoso, lo que da la sensación de la alegría, del bienestar, del contento, de la felicidad, en fin.

No obstante, entre la inmensa muchedumbre de seres humanos que pueblan la tierra, los hay dotados de tal conmiseración y lástima de las desdichas de sus semejantes, que parecen nacidos para llevar una sonriente nota de dicha y alegría a los corazones que yacen envueltos entre tinieblas, para animar con palabras de resurrección a los espíritus sepultados en mortal letargo, y aportar celestial consuelo a las almas dolientes; ayudar eficazmente al desvalido, sacándole de su abandono y estrechez; asistir al enfermo y al herido, calmando sus horribles ansias, aliviando sus dolores, y llegando, en lo acendrado de su sacrificio y puro amor humanitario, hasta a realizar actos verdaderamente heroicos.

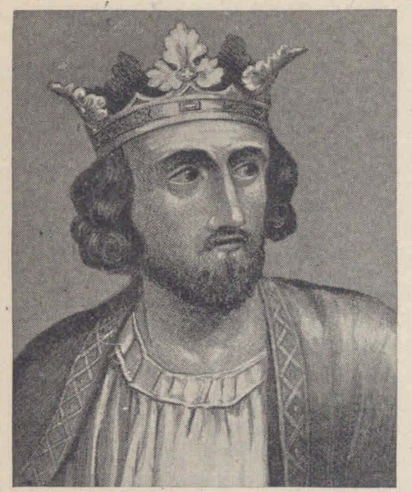
El caso que vamos a narrar, nos hace ver cuán honda e intensa eran la piedad y la energía que animaban el pecho de la singular mujer que, en un impulso de sublime abnegación, no vaciló en exponerse al peligro de una muerte espantosa.

Vivía en los esplendores de la corte británica la princesa de Gales, Leonor de Castilla, esposa del príncipe Eduardo de Inglaterra. Era la augusta dama muy dada a ejercicios de piedad, y albergaba en su generoso corazón un profundísimo amor al prójimo; pero su singular afecto y ternura eran preferentemente para los enfermos y desvalidos, cuyas dolencias y miserias aliviaba con ejemplar constancia y admirable caridad. Las horas que la severa etiqueta de la corte la dejaban libre de las ineludibles obligaciones palaciegas, solía consagrarlas a la práctica del bien, distribuyendo cuantiosas limosnas y enjugando muchas lágrimas. Su noble alma, henchida de infinita compasión por los desheredados de la suerte, se gozaba en prestarles los más solícitos auxilios, socorriendo sus necesidades materiales y uniendo siempre a la esplendidez de la dádiva la dulzura del consuelo. Hábil maestra en el divino arte de socorrer y alentar al infeliz, era asimismo estricta y solícita en el cumplimiento de sus deberes de esposa.

Su consorte, el príncipe Eduardo, varón magnánimo y esforzado, unía a sus virtudes cívicas un indomable valor militar, patentemente manifestado en cuantos combates hubo de medir sus armas con las de sus enemigos. Tierno y afectuoso en el hogar, profesaba a la princesa Leonor intensísimo amor, que

ella pagaba con creces, consagrándole lo más exquisito de sus solicitudes y desvelos.

Santamente unidos, veían deslizarse los venturosos días de su existencia, sólo en ocasiones perturbados por las ausencias del príncipe, llamado imperiosamente al campo de batalla, ya para dilucidar con la punta de su espada importantes cuestiones de dominio en distintas partes del país; ya para contribuir con su esfuerzo, en tierra extranjera, al triunfo del cristianismo.



Eduardo, príncipe de Gales, más tarde rey de Inglaterra, primero de su nombre.

En una de tales ocasiones, teniendo el príncipe que dejar a Inglaterra y a su anciano padre, para ir a pelear en la Cruzada, su joven y amante esposa se empeñó en acompañarle. Fué en vano que le hicieran presentes las molestias y los riesgos de aquel viaje: ella se limitó a contestar que tan cerca del cielo se estaba en la Palestina como en Inglaterra. Así, la princesa partió para Tierra Santa, en compañía de su marido, a quien, gracias a este acto de sincera devoción conyugal, pudo salvar la vida poco más tarde.

Un día de calor estival, en que Eduardo, despojado de la pesada armadura, descansaba en su tienda, penetró en ella un hombre enviado por el enemigo, y antes de que el príncipe pudiera apercibirse a la defensa, le hirió con una daga emponzoñada.

Cayó en tierra el herido, bañado en sangre, y Leonor, loca de angustia, acudió inmediatamente a socorrerle. No había un momento que perder: algunos minutos de vacilación o demora bastarían para que el esforzado Eduardo muriese presa de atroces dolores. La princesa invoca el nombre de Dios, y con un valor sin igual, prefiriendo cien veces inmolarse ella misma que dejar perecer ante su vista el esposo adorado, aplica la boca a los bordes de la profunda herida, chupa la sangre, y con ella extrae el mortal veneno.



Leonor de Castilla.

En pago de su abnegado heroísmo, tuvo Leonor la satisfacción inmensa de ver a su marido sano y salvo al poco tiempo.

Y la historia ha conservado en sus páginas la bella tradición de tal rasgo, como ejemplo admirable de lealtad y sacrificio.

